

Z
I
G

Z
A
G



PRECIO: 20 Centavos

26 de Febrero de 1905

48

LA FIEBRE DEL FONÓGRAFO



MONOLOGO DE ACTUALIDAD.—(Distracciones de Pepe Vila)

V ENGO huyendo! ¿De qué creen ustedes?
 ¿De un corredor que me ofrece suscribir acciones? ¡Nó, señor! Tengo cara de hombre serio. ¿De un amigo que quiere pedirme cinco pesos prestados por solo dos horas? ¡Menos! Hoi día el arte de la esgrima se ha vulga-

morir si pura e bella y el amor ti vieta, ora con compas de mazorca, ora con movimiento de cake walk, segun como se mueva el tornillo; ya con acompañamiento de orquesta, ya de gansos portugueses, segun el largo de la corneta; ya con voz de bajo o de baritono o de canutos de zapallo, segun el grado de desgaste del cilindro; entonces, o me muerdo frenéticamente o grito iracundo o me fugo de la casa del amigo y vengo a este rincon de mi oficina a buscar silencio y paz contra diós, solos, marchas y coros.

Sí; aquí estoy a solas con mi conciencia, libre de invitaciones a oír cilindros trizados, gastados o tar-



rizado mucho y todos sabemos parar un sablazo... y hasta devolver otro. ¿De un Diputado? Mucho menos: no soi Ministro. ¿De un fotógrafo? No soi hombre importante. ¿De un médico? No sufro de neurastenia.

Huyo de lo que menos puede nadie figurarse. ¡Huyo de los fonógrafos! Edison me perdona esta blasfemia. Yo aprecio su invencion, la adoro, la venero. Pero cuando, desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche, me toca oír en todas partes, sin tregua alguna, la *donna è mobile*, el



comidos. ¡Horror! (*mira espantado la máquina de escribir*). ¿Un fonógrafo? Nó; nó; es mi máquina que espera fiel y dócil la correspondencia de esta



tarde, ¡Ella no sería capaz de la pérdida de tocar de pronto un área de tenor!

¡Sí, señores! Extraordinario invento el del fonógrafo, y hermosa adquisición para todos su abaratamiento. Pero, ¡Dios Santol! ¡Qué se tenga consideración y respeto por el ser humano; qué se tomen en cuenta su oído, su alma, su sentimiento!

Salí de mi casa a las ocho de la mañana para ir donde mi cigarrero y hacer la provision de cigarreros para el día. Una bocina de latón, asomada entre cajas de puros, me hace temblar.

—Oiga usted, señor, esta maravilla. Es un lejítimo cilindro de Cachurro, (Caruso, quería decir el asno ese.) Y comenzó la máquina a gritar, desde ese obligado *anglo italian, commerce company* hasta un estruendo final que el cigarrero llamó sublime sollozo.

El cilindro había sido hermoso antes de gastarse y, en homenaje a los recuerdos, toleré la forzada audición.

Después de una breve estadia en la oficina me vi obligado a pasar a afeitarme, y, naturalmente, debí oír, junto con los demas colegas de tortura, diversas romanzas, canciones, marchas y tirolesas.

Después de salir a duras penas, me vi obligado a buscar a X, que, como ustedes saben, organiza tres o cuatro sociedades diarias (un día con otro), para conseguir ciertos datos de importancia. X, me toma de un brazo, me introduce misteriosamente en una pieza, aprieta un resorte y ¡zas! antes que yo pueda salir, *la donna è mobile*.

Sentí ganas de cojer el aparato y lanzarlo

cual piuma al vento

pero me repuse y oí:

—¿Qué le parece a usted?

—Divino.

Mas tarde tuve que hacer una lijera visita al administrador de la Quinta Normal, para proponerle la compra de unos huevos de faisán y rogafle me declarara, con toda franqueza, si los habian pasado antes por agua caliente.

Almuerzo en el restaurant. A la altura de las costillas de cordero, cierto rumor sordo me hace saltar; un fonógrafo chilla y la voz estentórea de un bajo atruena el aire con el ¡Pif! ¡Paf! de Hugonotes.

A consecuencia de este contratiempo, encuentro las costillas con gusto a benzina, el pejerrei con sabor a goma de *football*, y el panqueque con marcadas apariencias a papel secante.

Apenas salido de mi estupor trato de volverme a la oficina; pero de pronto recuerdo que mi mujer me espera para la eleccion de una alfombra y vuelo a casa. Noto en las fisonomías cierto alegre contento y hasta cierta picaresca malicia. Se me reserva seguramente una sorpresa. No será un nuevo hijo... eso no constituye nunca una sorpresa para mí.

¡Es un fonógrafo! ¡Excecracion! Mi suegra no



se contenta con disponer de su privilegiada garganta para tronar contra todo lo creado; se ha sacado, además, uno de esos encantadores aparatos en una rifa.

Me tocan la *Czarina*, un par de cancioncillas y un solo de violon, me obligan a celebrar, gozar y aplaudirlo todo, y, por último, me encargan una docena de cilindros nuevos.

El humor se me descompone por completo. Me zumba en los oídos y dentro de la cabeza un ruido que me marea y desconcierta. De paso para mi oficina oigo sucesivamente siete fonógrafos, tocando otros tantos cilindros y produciendo talvez la tortura de otros tantos pacientes.



En unas partes el suicidio de Gioconda, que mas parece la muerte de Goliat por el estruendo que produce; en otras el Himno de la Estrella, que merecia ser el himno del estrellon por los impetuosos saltos del baritono; mas allá la marcha de Aida, que parece el juicio final, y así indefinidamente.

Vengo huyendo de tanta música. En este rincón no encontraría cabida un aparato de esta clase. El jefe se pondría furioso. Y esta es mi garantía contra cualquier amigo que quisiera festejarme con alguna audición a domicilio.

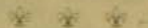
—¿Qué hai? ¡Un mensajero! Una carta (*tomándola*). La letra del jefe.

leyendo: "López: Quiero darle a usted una nueva prueba de confianza. Vengase esta tarde a comer conmigo. He adquirido un fonógrafo y queremos



oir esta noche los ciento cincuenta cilindros que lo acompañan..."

—¡Ciento cincuenta cilindros!
(*Cae desmayado.*)



Segun la Prensa japonesa



Segun la Prensa rusa

